

Autor: Abilio Ayuso

EL ESPÍRITU

Ilustrador: Alejandro Ortigosa Quevedo



Dicen que si te ves obligado a representar constantemente un papel completamente ajeno a tu personalidad y lo haces con convicción, al final puedes acabar siendo alguien completamente distinto a tu yo original.

+14

Marián fue una chica afortunada durante la primera etapa de su juventud, conoció al amor de su vida a una edad temprana, el hombre que la hizo muy feliz, hasta que el pobre muchacho falleció en un accidente con su moto de montaña.

Ella iba prácticamente a diario al minúsculo cementerio del pueblo para sentarse sobre la tumba de su amado, ponerle flores frescas, limpiar las hojas secas y entablar un largo monólogo con él, explicándole cualquier cosa, luego secarse cuatro lagrimones de las mejillas y volver a casa.

Sus padres llegaron a la conclusión que mientras viviera a cuatro pasos de ese cementerio nunca reharía su vida, y la aldea no daba para más, por tanto decidieron enviarla a casa de una tía suya en la ciudad.

Allí sufrió la ley del péndulo y para olvidar las penas vivió una temporada a tope, apuntándose a mil y una juergas, hasta que consiguió estabilizarse, principalmente cuando conoció a Fermín, un muchacho bastante centrado y práctico con el cual no encontró la pasión de su antiguo novio, pero si una estabilidad emocional muy satisfactoria.

Él era un buen hombre, trabajador, poco dado a excesos, y enamorado de su mujer, pero a su manera, opinaba que todo eso del romanticismo, las flores y el: “Te quiero” eran simples capulladas de críos o de gente que no daba más de sí, que el verdadero amor se demostraba cuidando que a tu pareja no le falte nada.

Marián apreciaba tener un marido que se desviviera por ella, pero añoraba algo muy importante, la ternura, el cariño que para ella eran la sal de la vida, hubiera preferido vivir en una casa menos confortable con un marido más romántico y apasionado, pero él seguía diciendo que eran tonterías y que de eso no se come.

Pasaron los años, se instalaron más en la rutina, ella en las marujadas de los programas basura televisivos, las series románticas, las compras con las amigas, aunque no hubiera nada que comprar, las chafarderías de la peluquería, la esteticien y el cuidar de su casa. Él en su trabajo, el fútbol, la partida de dominó en el bar y poca cosa más.

Después de siete años de matrimonio no habían tenido hijos, tal vez por lo escaso de sus relaciones sexuales o porque viendo el ajetreo que suponían a otras parejas les daba pereza embarcarse, dieron el hecho por bueno y no acudieron a ningún especialista en fertilidad.

Ocurrió en unas vacaciones de verano, cuando se tomaron un mes entero para huir de la gran ciudad y recuperar la salud en la aldea de sus padres. Después de los primeros días de costilladas y reencuentro con los amigos de la infancia había muy poca cosa que hacer, tal vez por eso Marian retomó su antigua costumbre.

Fermín la vio desde la ventana de la bohardilla dirigirse al cementerio con un ramo de flores, durante una hora pudo adivinar a lo lejos su figura a veces en pie, a veces

sentada sobre la lápida, cuando regresó mostraba un semblante muy serio y los ojos enrojecidos.

No es que Fermín tuviera celos de un muerto, pero aquella devoción de su esposa no le sentó nada bien, tal vez por eso, durante la comida permaneció más callado que de costumbre y bebió más vino de lo habitual.

Más tarde, cuando su mujer y los suegros hablaron de visitar la granja de un vecino para ver el ternero recién nacido, se excusó diciendo que prefería quedarse a descansar.

Fue a partir de la segunda copa de coñac cuando mediante un impulso repentino se levantó y con paso vacilante tomó el mismo camino que Marian había recorrido aquella mañana hasta quedarse contemplando la imponente tumba del novio fallecido y su enorme losa de granito rústico con sus cantos redondeados como si estuvieran desgastados por los siglos, su cruz gótica coronándola y su inscripción grabada profundamente, nombre, fecha de nacimiento y defunción y debajo una escueta frase: “Siempre te amaré”.

No hacía falta ser muy listo para adivinar quien había mandado colocar aquel rótulo.

Tal vez por el efecto del alcohol o el sentimiento de frustración que le producía ver a su esposa llorar un fallecimiento de hace nueve años, comenzó un absurdo monólogo con el muerto: “Y tú, chaval, ¿Que le dabas que después de tanto tiempo aún estás loquita por ti?, si me muriera yo no vendría ni a escupir sobre mi tumba, y tú... mira que florecitas tan monas te ha puesto”.

Acabó sentándose sobre la losa que curiosamente no le pareció tan fría como debería estar, tal vez por ser piedra granítica el lugar de mármol, pasó la mano por aquella superficie rugosa mientras murmuraba: “Si, fue una lástima que te murieras, la hubieras hecho muy dichosa, no como yo que sólo sé darle un ambiente confortable, y en cuanto a mí... Tal vez hubiera encontrado una mujer menos soñadora que se conformara con llevar una buena vida sin preocupaciones, pero aquí estamos los dos, tu abajo sin poder hacer nada y yo arriba pensando cómo hacer que mi mujer sea más feliz, porque yo no soy de mariconadillas románticas y si lo intentara se me vería más falso que una corona de cartón, así que dime tú, ¿Qué hacemos?”.

Tal vez por lo duro de la piedra, comenzó a notar un hormigueo que desde las nalgas le subía por la espalda, pero sin saber porque dejó que prosiguiera, no tenía voluntad de levantarse.

Cuando aquella sensación le recorrió el cuerpo entero llegando hasta su cabeza sí que intentó ponerse en pie, pero sus músculos no le respondieron, era como si todo él estuviera formado de líquido y unas finas burbujas ascendieran hasta su cabeza.

Cuando aquella sensación cesó, notó algo más extraño todavía, comenzaba a moverse y se incorporó, pero no por voluntad propia, se había convertido en mero espectador

de lo que le sucedía, veía, oía y sentía, pero no tenía control de su propio cuerpo que se estaba moviendo impulsado por algo o alguien ajeno a él.

Estaba realmente aterrorizado, pero no podía expresarlo de ninguna forma, ni un simple pestañeo estaba a su alcance.

Lo peor fue cuando al dirigirse a casa se topó con su mujer y los suegros que venían de la granja, movido por aquel ente se dirigió hacia ella, la tomó suavemente de los hombros, sonrió dulcemente y mirándola a los ojos de una forma tierna y con una voz aterciopelada, impropia de él, le dijo: “¿Como está mi niña?, ¿Ya has visto al ternero?, ¿Y cuándo tendrá uno esta tripita tan preciosa?”.

Mientras lo decía su mano derecha acariciaba suavemente la barriga de su mujer que sólo acertó a decir: “No sé cuánto vino has bebido hoy, pero mientras no te siente mal... Me parece estupendo”.

Los suegros sonrieron y se retiraron discretamente, mientras Fermín, con su voluntad totalmente anulada, tomaba la mano de su esposa y la llevaba a un banco desde el que se dominaba toda la aldea, le pasó el brazo por el hombro y le dijo: “Tal vez sea por el vino, o el paseo que he dado hasta la tumba de tu primer amor lo que me ha hecho reflexionar, he pensado que tengo una dulce flor y la estoy cultivando con una excavadora, ¿De qué sirve que te dé todas las comodidades y caprichos si te falta lo principal?”.

“¿Y qué crees tú que es lo principal?”.

“Aquello que no te doy: Amor, ternura, cariño, un paseo a la luz de la luna, un ramo de rosas rojas, una copa de champagne en un jacuzzi, y muchas cosas más”.

“Aun no me acabo de creer este giro tan inesperado, pero procuraré que no te falte el vino de buena calidad”.

Como respuesta él acercó los labios a los suyos, la besó dulce y apasionadamente, mientras poco a poco la iba estirando sobre el banco sus manos desabrochaban ágilmente el sujetador y acariciaban sus pezones. A ella le aterrorizaba que alguien los viera, pero no se resistió.

Cuando parecía que Fermín estaba a punto de desnudarla y hacerle el amor allí mismo ella reaccionó, se incorporó y le dijo en un tono que pretendía ser severo: “Este no es momento ni lugar para esas cosas”.

“Lugar puede que no mi amor, pero momento... Vamos a casa”.

Se dejó llevar casi arrastrada de una mano sin poderse recolocar bien el sujetador, entraron en tromba mientras él se excusaba con los suegros diciendo: “Tenemos que hablar de muchas cosas”.

A lo que el suegro contestó discretamente a su mujer: “Porque llevan años casados, si fueran novios hoy no les dejaba subir a la habitación”.

Lo que allí ocurrió fue un verdadero recital amatorio, los besos, las caricias y frases tiernas parecían haber sido estudiadas y ensayadas durante mucho tiempo, cuando se comenzaron a escuchar gemidos la suegra dijo: “Hala Braulio, vamos tú y yo a dar un paseo, que nos toque el aire fresco”.

Al cabo de mucho rato, mientras estaban abrazados desnudos, Fermín dijo: “He tenido una idea”.

“¿Otra vez no he?, será por la falta de práctica, pero me has dejado hecha polvo, ahora hay que descansar un rato”.

“No es eso, bueno sí, pero más tarde, la idea es que me quedan veintidós días de vacaciones, me gustaría llevarte a Venecia”.

“¡Hostia puta!, Te lo he pedido cien veces y siempre me has dicho que eso son gilipolleces para gente ñoña y una forma de tirar el dinero”.

“Hoy lo veo todo diferente, he pensado durante un buen rato y he llegado a la conclusión de que nuestra vida estaba vacía, yo con mi trabajo, el fútbol, la taberna, tú con la tele y las amigas, he decidido que todo cambie”.

“Pues bienvenido el cambio, ¿Y que les decimos a mis padres?”.

“Que nos vamos a Venecia ya mismo, si lo montamos bien nos quedará tiempo para una estancia en París”.

“No tan rápido, habrá que ver que nos llevamos, tendré que pasar por la peluquería...”.

“Ni lo sueñes, cuatro cosas en una maleta y arreando, además, ¿Y si pasas por la peluquería y luego ya no me gustas tanto?, No hay que dejar que se rompa la magia”.

“Joder, esa frase que has dicho me ha recordado lo que decía a menudo... Ya sabes tú quien”.

“Pues quien sabe, igual él me la ha inspirado, igual ronda por aquí su espíritu, feliz de verte feliz”.

El auténtico Fermín hacía rato que había renunciado a recuperar el control, para ser sincero consigo mismo tuvo que reconocer que había disfrutado de la sesión amatoria, como si se tratara de una película de cine pero en cinco dimensiones, él nunca hubiera sabido comportarse así, con aquella pasión y desparpajo, atreviéndose a realizar prácticas amoratorias que ni se le habían ocurrido en tantos años de casados, y extrañándose de que su esposa no las rechazara, a partir de aquel momento decidió

que fuera quien fuera el que le estaba poseyendo no haría ningún daño a su mujer, sino todo lo contrario, y decidió dejarse llevar y seguir como mero espectador.

Cuando percibió que aquel ser que le dominaba podía conducir con soltura su vehículo hasta su casa de la ciudad y conocía el pin de su móvil más el código de seguridad de la alarma, Fermín se dio cuenta que tenía acceso no sólo a todo su conocimiento y recuerdos, sino a sus habilidades, a las que con toda seguridad sumaría las suyas propias sin embargo, la cosa no funcionaba al revés, con lo cual no podía saber quién o que era, ni cuales eran sus conocimientos o sus últimas intenciones.

Así se dio cuenta que sus mentes funcionaban en una sola dirección, como un transistor, es decir que, el ente percibía lo que él pensaba, pero no al revés, fue principalmente cuando estando sólo en el cuarto de baño, mientras se afeitaba, Fermín pensó con todas sus fuerzas mientras se miraba a sí mismo en el espejo: “No sé qué clase de extraterrestre o ser diabólico eres pero si sospecho que intentas perjudicar lo más mínimo a Marián haré todo lo posible por que nos matemos”.

Su sorpresa fue mayúscula cuando, mirándose a sí mismo a los ojos, aquel ser dijo en voz baja: “Soy tan humano como tú, y solo he venido para ayudaros”.

“¿Y esa ayuda consistirá en que yo me quede anulado para siempre?”.

“No, sólo hasta que aprendas a vivir. Fin del contacto”.

Fermín reflexionó, aquel ser no tenía por qué mentirle ya que le tenía completamente atrapado, pues bien, se dejaría llevar puesto que no había más remedio y si había algo que aprender lo aprendería.

No le faltó maestro.

Durante las dos semanas que pasaron en Venecia y París, sintió a veces vergüenza ajena por las cursiladas románticas que aquel ser hacía y decía, pero quedaba alucinado al comprobar que a su esposa le gustaban, pensaba que era una mujer mucho más práctica, pero estaba totalmente equivocado.

En ocasiones ella le decía: “Sabes una cosa: Por un lado, sé que eres tú, te conozco mejor que si te hubiera parido, pero por otro... Estás absolutamente diferente en cuanto a carácter, y todo fue desde que fui con mis padres a ver aquel ternero, ¿No te darías un golpe en la cabeza o te cayó un rayo y me lo ocultas?”.

“No cariño, me sucedió cuando visité la tumba de tu novio, no pude por menos que pensar cómo te hubieras sentido a su lado, y si yo realmente te estaba haciendo feliz, reflexioné un buen rato y llegué a la conclusión de que te estaba dando una vida cómoda, eso sí, pero absurda y vacía, y me propuse cambiar por completo, un giro de ciento ochenta grados”.

“¿Pues sabes una cosa?, espero que ese cambio sea duradero, que no te canses de tu nueva forma de ser y retomes el carácter de marido bueno pero aburrido”.

“No te preocupes, hay cambios sin retorno, visto lo visto no hay vuelta atrás, mi conciencia y yo lo tenemos muy asumido”.

Al escuchar esta frase Fermín se dio por aludido, tuvo claro que al hablar de “conciencia” se refería a él, aunque no le vio el sentido, porque pensara lo que pensara se encontraba imposibilitado de tomar ninguna acción, ¿O tal vez su posesión tenía fecha de caducidad?, esa idea le abrió una nueva perspectiva y le infundió ánimo, a la vez que temor, si su esposa estaba encantada con su nueva personalidad y de repente él se encontraba de nuevo al mando... La pobre mujer se llevaría una decepción tremenda.

Las maravillosas vacaciones llegaron a su fin y hubo que volver al trabajo, ahora Fermín ya no abrigaba temor respecto a si aquel ente que le poseía sabría conducir la situación, muy por el contrario, tenía todo su conocimiento y recursos, más algunos que a él le faltaban, como carisma, don de gentes, audacia.

Sus compañeros le notaron cambiado y él explicó que después de reflexionar largo y tendido y de unas maravillosas vacaciones con su mujer estaba enfocando su vida de una forma diferente.

Seguía siendo aquel dibujante gráfico de manos de oro, un activo importante en la agencia de publicidad, pero ahora tenía ideas mucho más geniales que le hicieron subir como la espuma, sus diseños y presentaciones eran un éxito seguro.

Incluso se atrevió a declarar ante el consejo de administración que no se sentía valorado en su justa medida y tal vez sería mejor establecerse por su cuenta, cosa que el antiguo Fermín nunca hubiera osado insinuar. El resultado fue un ascenso inmediato y participación como socio en la empresa.

Su nuevo carácter le valió que alguna de sus compañeras de trabajo o modelos de la agencia se le insinuara más o menos directamente, pero para alivio de Fermín, el ente las rechazó con mucha delicadeza sin llegar ofenderlas, quien fuera quería a su mujer, pero no era mujeriego.

Fue un día que encontrándose sólo en casa Fermín se propuso obtener más información de aquel ser con quien compartía el cuerpo y sin más le soltó un pensamiento: “Oye tú, en su día me dijiste que eras humano, entonces tendrás un nombre, y si me apuras hasta un DNI, por tanto, ya que me veo obligado a soportarte dime al menos: ¿Quién coño eres?”.

No hubo respuesta, pero Fermín sabía que recibía el pensamiento así que comenzó a repetir machaconamente: “Dime quién eres cabrón, o no te voy a dejar en paz y repetiré este pensamiento una y otra vez, hasta que enloquezcas”.

Notó que el ente se estaba desconcentrando en la delicada tarea que realizaba, hasta que lo dejó todo, se paró frente al espejo del baño y habló en voz alta: “Si no sabes quién soy es porque eres tonto del puto culo, ¿Dónde estabas sentado cuando conseguí poseer tu cuerpo?, pues a poca imaginación que tengas puedes deducir que soy Carlos, el novio que se mató con la moto, mi destino con Marián quedó truncado, pero mediante el poder de mi espíritu elevado pude reconducirlo gracias a ti”.

“Que maravilloso el señor del espíritu elevado, pero no lo tendrás tan elevado cuando para conseguir tus fines me has anulado a mí, que no tengo puta culpa de que te mataras haciendo el gilipollas con tu motito”.

“En principio, no me maté por hacer el gilipollas, sino por esquivar una cría de ciervo que surgió de repente, en segundo lugar, si tu matrimonio con Marian hubiera sido una maravilla, la hubieras hecho muy feliz y hubieras sido capaz de darle un hijo, yo no hubiera intervenido”.

“Y tú, señor listo, llevas un año con ella follando como conejos, ¿Porque no has sido capaz de dárselo?”.

“En realidad... Ya se lo he dado, no tardarás en enterarte, antes de que nazca me marcharé y te dejaré al mando, ¿A ver cómo te comportas?”.

“¿Por fin tu alma descansará en paz y subirás al cielo a dar por culo a Dios y los santos?, Si es que te soportan claro”.

“Aún no ascenderé al mundo espiritual, me quedaban muchos años de vida por vivir, muchas experiencias por acumular, me materializaré en otra forma de vida”.

“Mientras me devuelvas mi cuerpo en orden... Como si reencarnas en sapo”.

“Te quejarás de como cuido tu cuerpo, estabas comenzando a tener tripilla y tu musculatura no era brillante, mírate ahora en el espejo”.

“Ho si, las palizas de gimnasio, ¿Que te piensas que yo no las soporto y no te maldigo?, Siento lo mismo que tú exactamente, y la comida sana y todos esos rollos”.

“Pues entonces no te quejes”.

Cuando su mujer regresó, le miró dulcemente a los ojos y le dijo: “¿Recuerdas cuando hace un año, en el pueblo de mis padres me dijiste que cuando tendría un ternero mi barriguita?”.

“Por supuesto que me acuerdo”.

“Pues... he pasado por la farmacia a comprar un predictor, y deseo cumplido”.

“Wau, que alegría, mi conciencia y yo estamos muy felices”.

“A veces cuando hablas de tu conciencia me da la impresión como si tuvieras otra persona dentro tuyo”.

“En cierto modo sí, es la conciencia, esa vocecita que nos dice: Esto no está bien, deberías hacer aquello”.

“Vale, mientras sólo te de buenas ideas...”.

“Tranquila, es muy buena conciencia”.

Pasaron los meses, Marián llevó muy bien el embarazo, fueron preparando una preciosa habitación para aquel que los escáneres habían detectado como niño, Fermín y Carlos no volvieron a hablar excepto en una ocasión en que estando a solas se le ocurrió preguntar: “Oye Carlos, cabrón hazme caso”.

“¿Qué coño quieres?”.

“Espero que con todo este rollo del espíritu el niño no se parezca a ti”.

“No seas gilipollas, el cuerpo es tuyo, hasta el último cabello o espermatozoide”.

“Ha bueno, ya me dejas más tranquilo”.

Ocurrió cuando Marian estaba de ocho meses con una barriga bastante notable, se acababan de acostar cuando su marido le dijo: “Amor mío, quisiera pedirte un favor”.

“Lo que mi cariño quiera”.

“Quisiera hacer el amor contigo una última vez, no te preocupes, lo haré con mucha delicadeza, sin presionarte la barriga”.

“¿Qué quiere decir una última vez?, ¿Qué piensas morirte y dejarme sola con el crío?”.

“No corazón, pero ya sabes que después del parto toca abstinencia”.

“Pues claro que sí, nuestro último polvo antes del parto”.

Fermín se dispuso a ser espectador de primera línea del evento, primero percibió como Marián culminaba con un precioso orgasmo, luego notó que se acercaba el suyo y entonces volvió a notar la misma sensación de líquido burbujeante dentro de su cuerpo que había sentido sobre la tumba de Carlos, solo que esta vez a la inversa, en lugar de llenarse se vaciaba junto con la eyaculación.

Poco a poco lo fue notando, había recuperado el control de su cuerpo, Carlos ya no estaba. En principio se sintió torpe, la falta de costumbre, luego le invadió una emoción intensa, besó a su mujer y sólo acertó a decirle: “Te quiero mucho princesa”.

Ella sonrió y contestó: “Si que te ha afectado este último polvo antes del parto, y fíjate, al niño también, durante estos meses ha estado bastante tranquilito y mira ahora como se mueve”.

Fermín reflexionó un momento y acabó diciendo: “Eso tal vez quiere decir que ya no es un simple trozo de carne, sino que el espíritu inmortal acaba de unirse a él”.

Marián ríe mientras decía: “Buena idea, el espíritu estaba esperando el momento oportuno para meterse dentro del niño y con el polvo ha visto la ocasión para colarse a través de tu polla, no me hagas reír que se me mueve la barriga y este cabrón se alborota aún más”.

“Huy cariño, tantas cosas raras pueden suceder sin que lo sepamos, tal vez lo que percibimos con nuestros sentidos es sólo la puntita del iceberg”.

“Que filosófico estás, pero desciende a cosas más prácticas, ¿Que nombre le pondremos a este cornudo que me está machacando a patadas?: ¿Fermín como tú?”.

“No mi amor, un niño nunca debe llamarse como su padre, es un necio egoísmo y eso le despersonaliza, sería Fermincito, o Fermín hijo, o junior, ¿Por qué no le llamamos Carlos?, es un nombre corto, sencillo y bonito”.

“Joder, me encanta la idea, pero nunca me hubiera atrevido a pedírtelo”.

“Pues cosa hecha: Carlos, sin diminutivos”.

El parto fue una maravilla, la comadrona se sorprendió de que Marián renunciara a la epidural y comentaba con la doctora: “No estoy muy segura de si esta parturienta está gritando de dolor o placer, no lo tengo claro”.

Además, para asombro de todos, el niño, en lugar de llorar nació riendo y al ponerlo encima del pecho de su madre balbuceaba como si quisiera hablar.

Días más tarde, cuando Fermín llegó a casa contempló la placentera escena de Marián amamantando al niño y comentó: ¿Que pasa cabroncete?, ¿Otra vez chupando las tetas de mi mujer?”.

Ella le miró extrañada y contestó: “A veces hablas a nuestro bebé como si fuera una persona mayor”.

“Bueno, él tiene meses, pero vete a saber que vivencias ha pasado anteriormente su espíritu inmortal”.

“Si, el que se introdujo a través de tu polla, igual antes ha sido Napoleón o Frank Sinatra”.

“¿Por qué no?, O tal vez Carlos que deseaba concluir la vida que le faltó”.

“Si, y mi coño es la puerta a la quinta dimensión, basta de chorradas, es mi bebé y nada más”.

Meses después, sentados frente a la chimenea, mientras el bebé dormía Marián miró dulcemente a su marido y le dijo: “Tengo que confesarte una cosa”.

“Ya sé, tienes un amante”.

“Calla burro, que hablo en serio: Antes del viaje a Venecia he de confesar que estaba contigo, pero con resignación, eras un buen hombre, pero un muermo, luego tuviste aquel cambio tan repentino, me encantó, pero al final casi me agobiaba, ibas pasado de vueltas, pero tal vez el nacimiento del niño te ha hecho reflexionar y ahora tienes un término medio adorable, lo mejor de ambos extremos”.

“Porque ahora he hallado el equilibrio tal como proponen los budistas, eso quiere decir que he alcanzado la budeidad y no precisaré reencarnar nunca más”.

“Si claro, y, como ya te dije, mi coño es la puerta de entrada a la quinta dimensión”.

“Pues quien sabe, la vida está llena de misterios”.

FIN...